
Cristina Peri Rossi

OLVIDO

Me llamo Olvido. Así me bautizaron mis padres, y yo, bajo el peso de ese nombre, viví sin preguntarles el motivo, quizás porque supuse que la verdadera explicación no me la darían: habían olvidado usar el condón, habían olvidado los días de abstinencia para evitar el embarazo, o habían olvidado inscribirme en el registro de nacimientos durante las primeras semanas. Quizás fue mi padre quien insistió en llamarme Olvido, fastidiado por el embarazo, o fue mi madre quien decidió bautizarme así en venganza por haber sido preñada sin quererlo. Podía imaginar muchísimas hipótesis, algunas, incluso, más amables y livianas. Por ejemplo, mi madre quiso llamarme Olvido para no recordar las dificultades que sus padres opusieron a ese matrimonio, o mi padre quiso olvidar los años de juventud alocada de droga y rock and roll en los que jamás deseó tener un hijo o una hija. Fuera como fuera, tampoco tuve tiempo de hacer esa pregunta que me angustiaba, porque ambos murieron en un accidente de carretera, inesperadamente, como ocurren estas cosas, y a mí me crió una tía, que tenía otros hijos, estaba demasiado atareada como para responder a una pregunta cuya respuesta quizás no conocía. Pero mientras vivimos los tres juntos, yo nunca les pregunté, y ellos se desentendieron de cualquier explicación, como si el llamarme Olvido fuera algo tan común como llamarse María, Rosa, Carmen o Cristina.

El primer día de clase, en la escuela, cuando la maestra pronunciaba mi nombre siempre había miradas de curiosidad o socarronas, pero yo aprendí a ignorarlas. La maestra decía: Olvido, y yo sabía que se refería a mí (nunca encontré a otra niña con ese nombre) y, sin embargo, sonaba raro que al decir:

—¡Olvido!

yo contestara:

—Presente, señorita.

El olvido presente. O preséntese el olvido. O el olvido siempre presente.

No conocía a nadie, en cambio, que se llamara Recuerdo, o Memoria, cuando lo más importante parecía recordar, aunque acerca de esto comencé a tener mis dudas desde muy pequeña. Los nombres siempre parecían aludir a algo, como Margarita, o América, otros recordaban a los santos, como Jorge, Juan o Pedro, pero ¿había que recordar el olvido? ¿Qué era más importante, olvidar o recordar?

Por lo demás, mi nombre tenía otra peculiaridad: era un nombre masculino que se usaba para una niña. No conocía otro caso semejante. A veces, de chica, me imaginaba esta escena: alguien entraba a un salón lleno de alumnos y de alumnas y reclamaba: ¡Olvido! Durante unos minutos se hacía silencio. Todos suponían que debía ser un varón quien se pusiera de pie, pero no, era yo, una niña, de cabellos largos, pecas en el rostro y piernas flacas quien se erguía. Imaginaba a mi madre comentando con alguna amiga: “Tengo una niña pequeña”. Y a la interlocutora, preguntando, interesada: “¿Cómo se llama?”. Mi madre diría con aparente naturalidad: “Olvido”. La mujer ocultaría posiblemente su asombro y le diría, apresuradamente: “¡Qué bonito nombre!”. Y mi madre sonreiría, enigmáticamente. Yo suponía que su sonrisa era enigmática, aunque hubiera podido ser satisfecha, orgullosa, o, todo lo contrario, humillada, angustiada. Alguien que hubiera creído entender mal, podría insistir: “¿Cómo has dicho que se llama?”. Y mi madre repetiría: “Olvido”. Ante la evidencia, la otra persona callaría, ganando tiempo para dar una respuesta fácil y no comprometedora.

A veces, de chica, pensé que si habían tomado la decisión de bautizarme así, por lo menos podrían haberme llamado “La Olvido”, para que mi género no suscitara sorpresas. Pero otras veces, pensaba que había algo tremendamente femenino en la palabra “olvido”, como si sólo pudiera ser una frágil niña quien se llamase de esa manera. Una criatura transparente, sin raíces, efímera, que no recuerda nada, que vive y olvida al mismo tiempo. Una criatura hecha solo de presente, y que por eso mismo, no causa temor: quien olvida es de fiar, ¿no es la actividad más importante de nuestro cerebro? Pero también es posible que causara desconfianza: si vivo en el olvido ¿cómo retenerme? Fuera como fuera, mi nombre me daba muchos motivos para pensar, y creo que eso no le ocurre a la gente con su nombre, se llamen Carmen o Teresa, llevan su nombre casi sin pensar en él, como no se piensa en las cosas poco importantes. A veces, daba lugar a confusiones. Cuando alguien en medio de una conversación decía “Lo mejor es el olvido”, yo dudaba unos instantes, imperceptiblemente, tratando de saber si estaban hablando de mí o de la ausencia de memoria. ¿Existiría ese nombre en otras lenguas? Ningún personaje de una película o de una novela inglesa se llamaba “Forget”, de modo que deduje que no. Sin embargo, una semana de vacaciones que pasé en París, a los veinte años, mientras me desayunaba en una deliciosa cafetería del Barrio Latino, cerca de Pont des Arts, escuché que un joven alto, delgado, atractivo, de ojos verdes, decía en voz alta “¡Oublie!” dirigiéndose a una muchacha esbelta, de larga cabellera rubia, una figura de modelo, labios anchos, sensuales, y ojos color miel. Ambos se saludaron cariñosamente y yo me quedé contemplando a Oublie, desenvuelta, graciosa, seductora. Me hubiera gustado conversar con ella, confesarle todas mis inquietudes acerca de mi nombre, de modo que esperé que el joven se marchara, y cuando se fue y ella permaneció sentada terminando su café,

me acerqué, y le pedí permiso para sentarme. Me miró con cierta sorpresa, pero fue muy amable y enseguida me dijo que sí. Conversamos de cosas banales, de ciudades, del empleo del tiempo, y le pregunté su nombre, como si no lo supiera.

—Je m'appelle Oublie —dijo, con voz cantarina, de timbres agudos.

Lo dijo con naturalidad, como si fuera lo mismo que llamarse María, Ramona o Lucrecia.

Le pregunté si era un nombre común, en Francia, como si yo no supiera la verdad, y se rió espontáneamente.

—Oh no, no lo es —me dijo. Pero me encanta mi singularidad. Sé que no hay otra Oublie en ninguna parte, de manera que paradójicamente —expresó— mi nombre no solo me distingue, sino que me confiere originalidad. Nadie que conoce a una mujer que se llama Oublie consigue olvidarla —agregó—, a pesar de que no he hecho nada especial para conseguirlo. No he inventado un medicamento nuevo, ni un chip, no he pintado un cuadro famoso, no he escrito un libro ni he ganado un torneo de ajedrez. Pero nadie me olvida. ¿No te parece algo muy excepcional? —dijo, terminando su café.

—Yo me llamo Olvido —confesé, de manera un tanto agobiada.

Me miró como si fuera poco verosímil. Una extraterrestre sentada de golpe a su mesa.

—¿De verdad? —dijo, cuando pudo recuperarse. De modo que ya somos dos —reflexionó. Si en este momento alguien entrara por esa puerta y dijera: ¡Olvido! ¿tú responderías?

—Exactamente como tú cuando entró ese joven —respondí.

—Es solo un amigo, pero me reconocería en cualquier parte —dijo.

—¿Sabes por qué tus padres te pusieron ese nombre? —pregunté.

Rió.

—Ah, mi padre era un pequeño intelectual de provincias, ya sabes, un funcionario público a quien le gustaba mucho el cine y leer. Fui su única hija. Insistió en ponerme este nombre (mi madre no quería) porque dijo que de ese modo, nadie, nunca, podría olvidarme. A lo largo de la vida puedes conocer a muchas Marie, Françoise, Brigitte, pero ¿cuántas Oublie?

Imaginé al pretencioso provinciano empeñado en que su hija fuera recordada siempre por su nombre y lo detesté. Engreído. Vanidoso. Su hija parecía haber seguido al pie de la letra el mandato paterno. A veces, toda una vida se explica por haber cumplido el mandato de los padres o por haber reaccionado contra él.

—Imagino que muchos hombres y algunas mujeres se habrán enamorado mucho de ti —reconocí.

—Sí —dijo. Pero yo, no.

—¿Acaso porque olvidas? —insinué.

—Olvido fácilmente. Una pasión, otra, en medio alguna amistad que parece amor... pero cuando terminan, olvido rápidamente. Es lo mejor. Lo más higiénico y necesario. Vivo siempre en el presente. ¿Tú no olvidas con facilidad?

—No —dije. El olvido me parece un pequeño o un gran asesinato. Una muerte en miniatura. Me resisto a olvidar. Si olvido, me olvido, dejo de ser. Es tan inevitable como morir, pero yo no colaboro. No ayudo al olvido. No soy una asesina.

Me miró con pena.

—Lo siento. No serás feliz.

—Y tú, olvidarás la felicidad tan rápidamente como la has vivido, de modo que ni siquiera podrás volver a buscarla —dije con cierta acritud. No quería ser cruel. Me gustaba mucho estar ahí, hablando con ella, mientras en Pont des Arts se encendían las luces. Las luces de los puentes. Siempre me han subyugado las luces nocturnas de los puentes.

—Ahora debo irme —dijo Oublie. Pero ha sido un placer conversar contigo.

—Conversar con La Olvido —dije, un poco irónicamente.

La vi marcharse y me pareció bellísima. Antes de partir, curiosamente, me pidió mi dirección de email y mi teléfono. No sé por qué lo hizo. Yo no le pedí sus señas. Pensé que era una manera elegante de despedirse.

Dos días después, regresé a mi ciudad, a más de mil kilómetros de París. En mi ciudad no había puentes, ni río, y las luces nocturnas solo reflejaban autos estacionados en el pavimento como insectos nocturnos dormidos. Una vieja ciudad industrial llena de melancolía y de hollín.

A la semana, recibí un *wasap* de Oublie. Decía: “No he conseguido olvidar nuestro encuentro. Me gustaría volver a verte. Las noches de primavera de París son bellas y yo también amo las luces de los puentes. Te espero. No faltes, me sumirás en la tristeza. Oublie”.

